
Historia, narración e identidad

DANIEL INNERARITY

Catedrático de Filosofía Política, investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco y titular de la Cátedra Inteligencia Artificial y Democracia del Instituto Europeo de Florencia. Es Premio Nacional de Investigación Ramón Menéndez Pidal, en el área de Humanidades.

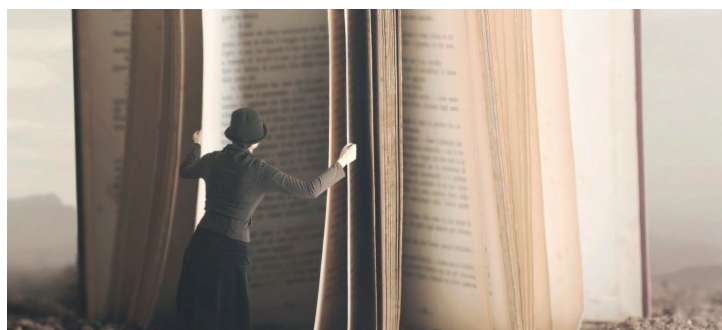


Foto: © Shutterstock

Avance

Historia. Nunca se *dice* en presente. Eso es asunto de la historiografía posterior. La importancia histórica, pues, de una determinada acción no es asunto del protagonista, que en esos momentos desconoce que lo es, sino del devenir o las circunstancias. Así, llama la atención Innerarity sobre «esa fórmula de autoestima, tan frecuente en política, que se atribuye a sí misma el curso de las cosas como si se debiera al propio mérito lo que está evidentemente fuera

del alcance de las propias previsiones o del propio poder». Y afirma que la historia «no refuta ni demuestra proyecto político alguno». Eso sí, la historia «nos enseña quiénes somos, pero sin que este saber tenga inmediatamente un carácter normativo; es inaceptable como argumento práctico deducir lo que ha de ser de lo que ha podido ser o ha sido de hecho. Es absurdo buscar en la historia pruebas de nuestra falta de libertad y esperar el descubrimiento de unos designios necesarios que nos exoneren del difícil ejercicio de nuestras libertades. La historia es un mal argumento en favor o en contra de cualquier política de la identidad, porque en la historia hay más azar que necesidad».

Narración. Lo que uno es no es lo que quiere ser. Uno es producto de la contrariedad o, mejor, de una mezcla entre voluntad o intención y contrariedad. También la historia se ha tejido a base de azares imposibles de predecir. De ahí que, como señala el autor del artículo, «a la pregunta histórica: ¿Cómo ha llegado alguien a ser lo que actualmente es?, dirigida a países, ciudades o personas, suele contestarse con una expresión del tipo “esto solo puede explicarse históricamente”. ¿Qué significa que algo solo resulta explicable mediante la historia?». Que algo no ha salido como alguien previó o como estaba previsto, que «alguna expectativa justificada de racionalidad», como señala Innerarity, ha sido «decepcionada».

Identidad. Para llegar a ser quien se es, obviamente, uno desempeña un papel: colabora mediante decisiones, acciones y omisiones, pero nadie debe su identidad a la voluntad de lograr ese producto. En relación con la historia, esta no sirve «a disposición nuestra identidad». **NR**

ArtículoA large, bold, black letter 'C' is positioned on the left side of the page, partially overlapping the first paragraph of text. It is a simple, sans-serif font with a thick stroke.

uenta Claudio Magris que cierto general famoso, interrogado acerca de qué había sentido cuando participaba en una célebre batalla, respondió diciendo que no había sentido nada especial «porque aquel momento no era aquel momento». La caracterización de un momento como algo históricamente relevante es siempre posterior a los hechos. La celebridad de una batalla es un asunto de historiadores, no de militares. En el curso de la batalla, los participantes desconocen si están participando en un acontecimiento histórico o jugándose la vida por una estupidez. Es la historiografía posterior la que reparte las medallas y los papeles, la que decide quién de aquellos es ahora el traidor o el héroe, integrando unos hechos confusos en la epopeya de la historia universal.

La historia es fundamentalmente un medio para cultivar la memoria de nuestra contingencia, para recordar la futilidad de toda categoría definitiva, la provisionalidad de nuestras definiciones. Hay historia allí donde las intenciones subjetivas son derrotadas por un resultado imprevisible. Pese a la retórica de que se sirven los anunciadores de decisiones históricas (apenas hay político que resista la tentación de bautizar algo como tal), **la historia es algo que pasa y no algo que se hace.** Nuestra identidad es un asunto histórico y no un acto de la voluntad. Que la identidad es el resultado de una historia quiere decir que no es el resul-

tado de una acción consciente, de un plan para conseguir precisamente ese producto. Las peculiaridades históricas resultan de la interferencia de intenciones muy diversas.

Una percepción semejante estaba a la vista de Paul Valéry cuando se quejaba de que no es posible hacer nada sin que todo se entrometa. Las identidades de los sujetos y las peculiaridades de los pueblos no se deben a la persistencia de una voluntad de serlo. La identidad no es el resultado de una acción, sino de una historia, es decir, de un proceso desarrollado bajo condiciones que se comportan azarosamente frente a las propias pretensiones. Nadie debe su existencia a un acto de aprobación hacia ella. ¶

CONSTRUIR LA HISTORIA (EN BENEFICIO PROPIO)

Los sujetos, las instituciones o los sistemas sociales no tienen una historia en virtud de sus intenciones, sino debido a la intervención de las intenciones de otros, a los efectos imprevistos de las decisiones que adoptan o a los acontecimientos contingentes frente a los cuales no están programados. La historia sirve para apuntar una identidad, pero no a la manera de una esencia necesaria por la que hubieran trabajado intencionadamente nuestros antepasados. La identidad es lo que resulta del complejo de intenciones discrepantes que pugnan antes de ser derrotadas finalmente por lo imprevisto. **Lo que somos históricamente resulta siempre de la mezcla entre la intención y la contrariedad.** La teoría hegeliana de la astucia de la razón proporciona una metáfora para el hecho de que las historias puedan tener un fin al que cabe prestar asentimiento, aunque no se deba a la voluntad o planificación de ningún agente. Se

trata de una categoría útil para criticar aquella fórmula de autoestima, tan frecuente en política, que se atribuye a sí misma el curso de las cosas como si se debiera al propio mérito lo que está evidentemente fuera del alcance de las propias previsiones o del propio poder.

Cuando uno hace lo que quiere, en la medida en que puede lo que quiere, no da lugar a una historia que hubiera de ser contada. No hay ninguna historia allí donde todo discurre según el decreto de la propia voluntad. Las acciones se convierten en historias en virtud de la contrariedad, cuando dejan de ser realidades disponibles y calculables, cuando chocan con las acciones de otros o con un acontecimiento de la naturaleza. Es verdad entonces que los pueblos felices no tienen historia, como decía Hegel, si entendemos por felicidad la ausencia de contrariedad o la equivalencia entre las pretensiones y lo conseguido.

Lo que requiere ser contado es porque alguien no hizo lo que quiso. No contamos las acciones, sino las intromisiones, las superposiciones, contradicciones e interferencias, en la medida en que no son remitibles a una voluntad. Lo que convierte a unos sucesos en historias no es algo que se hace, sino algo que pasa, acontece. ¶

LA IDENTIDAD NO ES DE LIBRE DISPOSICIÓN

En el caso de la identidad personal, con las acciones y omisiones uno colabora decisivamente para llegar a ser quien es, pero nadie debe su identidad a la voluntad de producir ese producto. **La identidad no es propiamente algo que esté a nuestra disposición.** Lo que somos no permite ser entendido como el resultado de nuestra voluntad. Nuestra

identidad individual o social es más que la racionalidad llevada a la práctica de sujetos soberanos: es, al mismo tiempo, el resultado de las procedencias históricas de esos individuos concretos y dispares. Por eso mismo la identidad, así entendida, está determinada por unas pertenencias no generalizables, sin las cuales no podríamos distinguirnos de otros, que no están a nuestra disposición y tampoco tienen que ser justificadas. Como sentenció Paul Valéry: «*Je ne dit pas que "j'ai raison"; je dis que je suis ainsi...*».

Determinados aspectos de la propia identidad son peculiaridades que no necesitan ser justificadas; sería absurdo preguntar a alguien por qué se llama así. Yo puedo y debo modificar muchas cosas de mi vida, pero no tener una historia distinta. Considerar estas peculiaridades como meros residuos o resistencias frente a la racionalidad tiene unas consecuencias terroríficas, mientras que su reconocimiento es un motivo de liberalidad. Por eso, cuando alguien quiere disculparse suele contar una historia, es decir, remite a circunstancias que no obedecen a las razones de su acción. El recurso a la divinidad, por ejemplo, cumple tradicionalmente la función de desmentir la subjetividad autárquica de los sujetos y las instituciones («El hombre propone y Dios dispone»).

La pregunta histórica: ¿Cómo ha llegado alguien a ser lo que actualmente es?, dirigida a países, ciudades o personas, suele contestarse con una expresión del tipo «esto solo puede explicarse históricamente». ¿Qué significa que algo solo resulta explicable mediante la historia? Se trata de un modo de hablar que únicamente tiene sentido donde alguna expectativa justificada de racionalidad es decepcionada.

Pero la aparición y comportamiento de los acontecimientos propiamente históricos son azarosos en relación con las intenciones, planes y desarrollo normal del sujeto. Esta es la dimensión narrativa de la historia, donde comparecen las propiedades anómalas y las combinaciones singulares. ¶

LA HISTORIA COMO NARRACIÓN

Así pues, hay acontecimientos que tienen que ser contados y otros, cuyas reglas conocemos, que no es preciso contar. Propiamente hablando, a la historia no le corresponde un modo teórico sino narrativo. La historia explica acontecimientos que no cumplen las expectativas de racionalidad que cabía prever, que no corresponden a las reglas o usos habituales.

Nadie necesitaría historias de vidas que fueran siempre iguales. Solo las variantes hacen de ellas algo con interés. Gracias a las historias resultan inconfundibles los individuos y las culturas. Por las historias son identificables y en las historias se explica su peculiaridad. Las historias son procesos no estandarizados de peculiarización; tienen la estructura de una secuencia de acontecimientos y situaciones acerca de la cual se puede decir con posterioridad por qué ha terminado así, mientras que se desconoce la regla por la que se hubiera podido decir *a priori* cómo terminaría. Esto se debe a que sus sujetos no son sistemas cerrados, sino sometidos a influencias y condiciones exteriores que irrumpen azarosamente, o sea, sin deducirse de las leyes funcionales de esos sistemas. La explicación histórica presenta unas circunstancias singulares que se han configurado a partir de una secuencia de acontecimientos para la que no puede darse una regla. ¶

EL NECESARIO APRENDIZAJE DE LA CONTINGENCIA

Por eso la historia no refuta ni demuestra proyecto político alguno. La historia nos enseña quiénes somos, pero sin que este saber tenga inmediatamente un carácter normativo; es inaceptable como argumento práctico deducir lo que ha de ser de lo que ha podido ser o ha sido de hecho. Es absurdo buscar en la historia pruebas de nuestra falta de libertad y esperar el descubrimiento de unos designios necesarios que nos exoneren del difícil ejercicio de nuestras libertades. **La historia es un mal argumento en favor o en contra de cualquier política de la identidad, porque en la historia hay más azar que necesidad.** Esta es la enseñanza más apreciable del estudio de la historia: mostrando las casualidades que han dado lugar a lo que somos, permite adivinar qué indeterminadas están las posibilidades de lo que vayamos a ser.

La investigación histórica va a remolque de los cambios de identidad de los sujetos que la llevan a cabo, de tal modo que la identidad propia y ajena vuelva a ser definida en correspondencia con esas modificaciones. De este modo cabe dar una nueva respuesta a la vieja pregunta que se interroga por qué escribimos la historia una y otra vez. Reescribimos nuestra historia y la de otros porque la presentación de la identidad —propia y ajena— es una función de nuestra historia, a través de la cual obtenemos nuestra identidad.

¿Cuál es la ganancia que puede obtenerse de la reflexión histórica? Comprobar que las sociedades no son plenamente dueñas de sus circunstancias. Enfrentarse con la historia es adentrarse en un escenario en el que

hay sorpresas, efectos secundarios y resultados que nadie había querido propiamente. En tanto que experiencia de la discrepancia entre las intenciones y las realidades, la historia modera las certezas acerca del futuro y lo mantiene abierto como una realidad indisponible. ¶

LA DIMENSIÓN INDISPONIBLE DE LA IDENTIDAD

La presentación histórica de la identidad propia y ajena es un medio adecuado para fortalecer la conciencia de lo que en nosotros hay de no disponible. Además de las pertenencias que podemos modificar o suprimir, hay otras insoslayables. Nadie está en condiciones de suprimir completamente su pasado. **Existe una dimensión indisponible de nuestra identidad que no puede ser transformada arbitrariamente.** Lo histórico no es lo modificable. La historia no pone a disposición nuestra identidad. No hay que temer de esta apreciación un motivo para la inactividad o el fatalismo porque la historia de las condiciones bajo las que actuamos no limita nuestras posibilidades de actuación, sino que nos permite comprenderlas.

La cultura histórica nos enseña que nadie ha querido su historia, tampoco en el caso de que se encuentre ahora muy a gusto en ella. Por eso mismo no estamos sometidos a ninguna obligación de justificar frente a nadie lo que somos históricamente. Una justificación de ese tipo, entre seres que existen históricamente, supondría una obligación de justificar la propia existencia. La historia relativiza, enseña que nunca somos lo que habíamos querido ser, que no estamos a nuestra completa disposición. La historia nos ilustra sobre los límites inciertos de nuestro

poder. La historia nos enfrenta con aquel futuro que no es deducible del presente y demuestra la debilidad de nuestras planificaciones frente al azar. La ocupación con la historia permite representarnos la existencia propia y ajena de tal modo que no aparece como resultado de procesos de autodeterminación, sino en su dependencia del azar y la intervención de terceros.

En tanto que cultivadora de la propia contingencia, la historia despolitiza nuestra relación con la historia. Pero esa despolitización tiene una gran importancia política. Proporciona una lucidez especial contra la tendencia a suscribir una racionalidad de acciones, fines y planificaciones a las historias que constituyen nuestra identidad. Nos ayuda a entender cuánto debe nuestra peculiaridad actual a las inconsecuencias y casualidades del pasado, qué poco alcance tiene nuestra voluntad en el gigantesco escenario de los humanos y qué necesaria es la historia como remedio contra el fanatismo. Los devocionarios para la exaltación del destino ineludible de los pueblos son otra historia. ●